

„miento de los campos, cargándose ellos
 „con todas las propiedades, y excluyendo
 „á los demás del gobierno. Irritado el pue-
 „blo con estas crueldades, y principalmen-
 „te viéndose oprimido con los gravámenes
 „de las deudas públicas y de las usuras,
 „sufriendo, y soportando á un tiempo con
 „la ocasion de las continuas guerras la mi-
 „licia y el tributo, acudió armado al mon-
 „te Sagrado y al Aventino; y entónces es-
 „tableció para la defensa de sus derechos
 „Tribunos de la plebe y otras leyes, po-
 „niendo fin á las discordias y debates que
 „reynaron entre ambos partidos la segun-
 „da guerra Púnica que luego empezó.”

CAPÍTULO XVII.

Las calamidades que padeció la república Romana despues que comenzó el Imperio de los Cónsules, sin que la favoreciesen los Dioses que adoraba.

¿P ara qué me detengo, pues, en escribir tantos sucesos, ó para qué molesto á los que los hubieren de leer? Quán miserable haya sido aquella república en tan dilatada edad, y por tantos años como mediaron hasta la segunda guerra Púnica, con la inquietud continua de las guerras de afuera, y con las discordias y sediciones de dentro, Salustio nos lo ha referido sumariamente; y así aquellas victorias no fuéron alegrías y contentos sólidos de bienaventurados, sino consuelos vanos de miserables, y unos motivos extraños y celos de personas inquietas que los convidaban á emprender, y sufrir mas y mas terribles trabajos: y no porque lo digamos se enojen

con nosotros los virtuosos y juiciosos Romanos, aunque no hay causa para pedírselo, ni advertírselo, pues es evidente que no se han de irritar con nosotros de modo alguno; porque ni referimos cosas mas pesadas, ni las decimos mas gravemente que sus propios Autores, sin embargo de que en el estilo y en el tiempo que nos queda desocupado somos muy inferiores; y con todo, para estudiar, y aprender estos Autores no solo trabajaron ellos mismos, sino que hacen tambien trabajar en ellos á sus hijos: y los que se enojan ¿cómo me sufrieran si yo insinuase lo que dice Salustio? "Nacióron (dice) muchas revoluciones y discordias, y al fin las guerras civiles, pretendiendo ambiciosamente ser los Señores absolutos, baxo del honesto y disfrazado título de favorecer la causa de los Padres ó del pueblo, algunos pocos de los mas poderosos", cuya gracia y fortuna seguian la mayor parte: concedian el honor de ciudadanos á los buenos y á los

„malos, no por los méritos ó servicios que hubiesen hecho á la república, estando todos igualmente corruptos y estragados, sino segun que cada uno era mas rico y mas poderoso para agraviar á otros; por que defendian la causa presente, y lo que se les antojaba se tenia por bueno." Y si á aquellos Historiadores les pareció que tocaba á la honesta libertad no pasar en silencio las calamidades de su propia ciudad, á quien en otros muchos lugares les ha sido forzoso alabarla con grande gloria y exágeracion, ya que efectivamente no disfrutaban de la otra mas verdadera, adonde se han de admitir, y recibir los ciudadanos eternos; ¿qué obligacion nos liga á nosotros (cuya esperanza en Dios, quanto es mejor y mas cierta, tanto debe ser mayor nuestra libertad) viendo que imputan, y atribuyen á nuestro Señor Jesu-Christo los infortunios y calamidades presentes, para desviar á los débiles y ménos entendidos, y enagenarlos de aquella Ciudad, en la qual

sola se ha de vivir eterna y bienaventuradamente? Ni tampoco contra sus Dioses decimos cosas mas abominables que sus mismos Autores, que ellos leen, y alaban, pues de ellos hemos tomado nuestros discursos, y en ningun modo somos aptos para referir tales y tantas particularidades como ellos dicen. ¿Á dónde, pues, estaban aquellos Dioses que por la pequeña y engañosa felicidad de este mundo creen ellos que deben ser adorados, quando los Romanos á quienes con falsa y diabólica astucia se vendian para que los rindiesen culto, andaban afligidos con tantas calamidades? ¿Á dónde estaban quando los foragidos y esclavos mataron al Cónsul Valerio⁷⁸, procurando ganar el Capitolio que ellos habian ocupado, en cuyo aprieto con mas facilidad pudo él socorrer al templo de Júpiter, que á él la turba de tantos Dioses con su Rey Óptimo Máximo, cuyo templo habia libertado del furor de sus enemigos? ¿Á dónde estaban quando fatigada la ciudad con

infinitas desgracias, causadas por las sediciones y discordias civiles, y permaneciendo en parte sosegada mientras que esperaban el regreso de los Embaxadores, que habian enviado á Atenas á que les comunicasen sus leyes, fué asolada con una insufrible hambre y cruel pestilencia? ¿Á dónde estaban quando en otra ocasion, padeciendo hambre el pueblo, creó la primera vez el Prefecto que cuidase de la provision del pan, y creciendo sobremanera, Espurio Emilio por haber proveido liberalmente de trigo al hambriento pueblo, incurrió en el crimen de haber intentado alzarse con el señorío de la república, siendo á instancia del mismo Prefecto, por orden expresa del Dictador Lucio Quincio, viejo ya decrépito, asesinado por Quinto Servilio, General de la Caballería, no sin una terrible y peligrosa revolucion de la ciudad? ¿Á dónde estaban quando en una cruel peste, viéndose el pueblo fatigado por mucho tiempo, y sin remedio con sus

Dioses inútiles, determinó hacerles nuevos Lectisternios⁷⁹, lo que jamás ántes habia hecho, y para cuyo acto solian colocar unos lechos ó mesas ricamente aderezadas en honra de los Dioses, de donde esta ceremonia sagrada, ó por mejor decir sacrilega, tomó el nombre? ¿A dónde estaban quando por diez años continuos, peleando con mal suceso contra los Veyos, el ejército Romano padeció muchos y muy terribles estragos y calamidades, los que se hubieran acrecentado, si al cabo no le socorriera Furio Camilio, á quien despues condenó la ingrata ciudad? ¿A dónde estaban quando los Galos ocuparon á Roma, y la saquearon, quemaron, é hicieron infinitas muertes? ¿A dónde estaban quando aquella funesta peste causó tan terribles daños, en la qual murió tambien Furio Camilio, que defendió á aquella república ingrata primeramente de las armas de los Veyentes, y despues la libertó de la irrupcion de los Galos; y con ocasion de este con-

ragio mortífero se introduxéron los juegos Escenicos, que fué otra nueva infeccion en las costumbres y vida humana, que es lo mas doloroso, aunque quedaron ilesos los cuerpos de los Romanos. ¿A dónde estaban quando se fomentó otra pestilencia mas grave, nacida á lo que se sospecha de los mortales venenos de las matronas, cuya vida y costumbres de muchas de ellas, y muy distinguidas, causaron mas funestas desgracias que la mayor peste? ¿Ó quando en las horcas Caudinas⁸⁰ estando cercados por los Samnites, ámbos Cónsules con su ejército, fueron forzados á concluir con ellos unas paces tan vergonzosas, quedando en rehenes 600 Caballeros Romanos, y los demás perdidas las armas, y despojados de sus insignias y vestidos, pasaron solamente con humildes vestidos debaxo del yugo de los enemigos? ¿Ó quando estando todos gravemente enfermos de la peste, muchos perecieron en el ejército á la fuerza de la colision de los rayos que cayéron del cie-

lo? ¿Ó quando asimismo, por otro intolerable y funesto contagio, fué obligada Roma á traer de Epidauro á Esculapio, como á Dios Médico, porque á Jupiter, Rey universal de todos, que ya habia mucho tiempo que presidia en el Capitolio, los muchos estupro y liviandades en que entendió, siendo joven, no le diéron quizá lugar para estudiar la medicina? ¿Ó quando conjurándose á un mismo tiempo sus enemigos los Lucanos, Brucios, Samnites, Etruscos y Galos Senones, primeramente les matáron sus Embaxadores, y despues rompiéron, y derrotáron el ejército con su Pretor, muriendo con él siete Tribunos, y 138 soldados? ¿Ó quando en Roma, despues de graves y largas discordias, en las quales al fin el pueblo se amotinó, y retiró al Janiculo? Siendo tan terrible este infortunio y calamidad, que por su causa hiciéron Dictador á Hortensio, cuya nominacion solo se executaba en los mayores apuros⁸¹, quien habiendo sosegado al

pueblo, murió en el mismo cargo: suceso que ántes no habia acaecido á ningun Dictador, el qual para aquellos Dioses, teniendo ya presente á Esculapio fué culpa mas grave. Despues de esto se excitáron por todas partes tantas, y tan crueles guerras, que por falta de soldados recibian en la milicia á los Proletarios⁸³, los quales se llamáron así, porque su único y principal encargo era multiplicar la prole y generacion, no pudiendo por su pobreza servir en la guerra. Entónces los Tarentinos traxéron en su favor á Pirro⁸⁴, Rey de Grecia, (cuyo nombre en aquel tiempo era muy famoso), quien se declaró enemigo acerrimo de los Romanos; y consultando éste al Dios Apolo sobre el suceso que habia de tener la guerra⁸⁵, le respondió con un oráculo tan donoso y ambiguo, que qualquiera de las dos cosas que sucediese podía quedar con la reputacion y credito de Adivino, porque dixo así: " Digo á tí Pirro, poder vencer los Romanos " ; y de

esta manera ya los Romanos venciesen á Pirro, ó Pirro á los Romanos, el agorero seguramente podia esperar el éxito, qualquiera de las dos cosas qué sucediesen. ¿Y qué extrago y matanza padeció entónces uno y otro ejército? no obstante Pirro ⁸⁶ fué mas venturoso en el combate, de modo, que ya pudiera, interpretando en su favor á Apolo, publicarle, y celebrarle por adivino, si luego en esta batalla no lleváran lo mejor los Romanos. En medio de la tribulacion y despecho que causaban las guerras, ⁸⁷ sobrevino igualmente una peligrosa peste en las mugeres, porque ántes de que al tiempo natural pudiesen parir las criaturas, morian con ellas, aun estando embarazadas, en lo qual á lo que entiendo, se escusaba Esculapio, diciendo que él profesaba la facultad de Proto-Médico, y no la de Partera; del mismo modo parecia el ganado, siendo ya tan terrible la mortandad, que llegaron á persuadirse las gentes que se habia de extinguir la generacion y

prolificacion de los animales. ¿Y qué diré de aquel invierno tan memorable en la historia, que fué sobremanera cruel y riguroso, durando en la plaza por espacio de 40 dias la nieve tan elevada que ponía horror, helándose tambien el Tiber? Si esto sucediera en nuestros tiempos ¿qué de cosas, y qué grandes nos dixeran éstos? Y asimismo ¿quánto duró el rigor de aquella funesta pestilencia? ¿quán excesivo fué el número de los que mató? la qual como empezase á continuarse aun mas gravemente por otro año, teniendo en vano presente á Esculapio, acudiéron á los libros Sibilinos, que son un género de oráculos, segun refiere Ciceron en los libros de Divinatione, en que mas se suele creer á los Intérpretes, que conjeturan como pueden, ó como quieren sobre las cosas dudosas, que al sentido literal del texto. Entónces, pues, dixéron, que la causa del contagio, era porque muchas personas particulares tenian ocupadas várias de las casas consagradas á los

Dioses; y así libraron en esta ocasion á Esculapio de la indisciplable calumnia de ignorancia ó desidia; ¿y por qué motivo (pregunto) se habian ido muchos á vivir en aquellas casas sin prohibirselo ninguno, sino porque inútilmente y por mucho tiempo habian acudido á pedir remedio á tanta multitud de Dioses? Así poco á poco los que los reverenciaban, desamparaban las casas, para que como valdías, por lo menos sin ofensa de nadie, pudiesen volver á servir á las necesidades de los hombres, y las que entónces con toda diligencia se renovaron, y repararon, con ocasion de aplacar la pestilencia, si nõ volvieran á estar otra vez de la misma manera encubiertas, y usurpadas por haberlas desamparado, sin duda que no se tuviera por tan grande la noticia y erudición de Varron; pues escribiendo de las casas consagradas á los Dioses, refiere tantas, de que no se tenia noticia, y estaban olvidadas: pero entónces con la providencia que tomaron, mas procuraron inven-

tar una donosa, y aparente disculpa para los Dioses, que el antidoto ó remedio necesario para atajar la peste.

CAPÍTULO XVIII.

Quán graves calamidades atropellaron á los Romanos en tiempo de las guerras Púnicas, habiendo deseado y pedido en valde el auxilio y favor de sus Dioses.

En el tiempo en que se sostenian las guerras Púnicas ó Cartaginesas, vacilando entre uno y otro Imperio como incierta y dudosa la victoria, y haciendo estos dos poderosos pueblos fuertes y costosas jornadas; qué de reynos de ménos reputacion fuéron destruidos? ¿qué de ciudades populosas é ilustres assoladas? ¿qué de ellas afligidas? ¿quántas pérdidas? ¿qué de provincias y tierras taladas de extremo á extremo? ¿quántas veces fuéron vencidos los de acá, y vencedores los de allá; ¿Qué de gente se consumió, ya de los soldados peleando,

ya de los pueblos que no peleaban, y estaban en paz? Y si intentáramos referir la infinidad de naves que quedaron sumergidas tambien en los combates navales, y anegadas con diversas tempestades, borrascas, y temporales contrarios, ¿qué otra cosa vendremos á ser nosotros que historiadores? Entónces despavorida y turbada con un extraordinario miedo la ciudad de Roma, acudió presurosa á providenciar remedios vanos, é irrisibles. Instauraron por autoridad de los libros Sibílinos los juegos Seculares⁸⁸; cuya solemnidad habiéndose establecido de cien en cien años, y en los tiempos mejores habiéndose olvidado su memoria, se habian dexado ya de celebrar. Renovaron tambien los Pontífices⁸⁹ los juegos consagrados á los Dioses infernales, estando tambien éstos ya olvidados con los muchos años que habian pasado sin solemnizarse; porque en efecto, quando los renovaron, como se habian enriquecido los Dioses infernales con tanta copia y multitud de

los que morian, gustaban por lo mismo ya de jugar, en atencion á que seguramente los tristes y miserables hombres, haciéndose rabiosa guerra, mostrando su valor y corazon sanguinario, alcanzando el uno y otro emisferio funestas victorias, celebraban solemnes juegos á los demonios, y unos banquetes abundantes, y suntuosos á los Dioses del Infierno. No sucedió ciertamente tragedia mas lamentable en la primera guerra Púnica, que el haber sido vencidos en ella los Romanos, siendo hecho prisionero de guerra Regulo, de quien hicimos mencion en el primero y segundo libro, persona sin duda de gran valor, y que primero habia vencido y domado á los Cartagineses, el qual hubiera podido finalizar la primera guerra Púnica, si por una extraordinaria ansia de gloria y alabanza no hubiera pedido á los rendidos Cartagineses condiciones mas duras de las que ellos podrian sufrir. Si la prision impensada de aquel célebre General, si la esclavitud y servidumbre indigna,

si la fidelidad del juramento y la bárbara crueldad de su muerte no empacha, ni avergüenza á los Dioses; sin duda es cierto que son de ayre 9º, y que no tienen gota de sangre, que les pueda salir al rostro; al mismo tiempo no faltaron dentro de sus propios hogares gravísimos males y desgracias; porque saliendo de madre el rio Tiber, fuera de lo acostumbrado, arruinó casi toda la planicie de la ciudad, llevándose parte con el furioso ímpetu y avenida, y derrivando parte con la humedad reconcentrada en tanto tiempo como estuviéron detenidas las aguas en las calles. Consiguiente á esta desgracia fué la que subsiguió luego de fuego aun mas perjudicial que lo anterior, pues pegándose, y prendiendo por la plaza en los mas altos y encumbrados techos, no quiso perdonar ni aun al templo de Vesta, su mayor amigo y familiar, adonde acostumbraban las que no eran tan honradas como condenadas vírgenes, conservarle, y darle, añadiéndole con diligencia leña, como una

perpetua vida, en donde el fuego entónces no solo vivia, sino que tambien se fomentaba mas y mas; de cuyo ímpetu y vigor, aturdidas las vírgenes, no pudiendo salvar de tan voraz incendio aquellos fatales Dioses, que habian ya oprimido tres ciudades, donde habian tenido su residencia; el Pontífice Metelo 9º olvidado en cierto modo de su vida, y atravesando valerosamente por medio de las llamas, los sacó ilesos, saliendo él bastante chamuscado: porque ni aun á él le conoció el fuego, ni tampoco habia allí Dios, que quando le hubiera, no huiera; ántes mas bien podemos decir, que el hombre pudo ser de mas importancia á los Dioses del templo de Vesta que ellos al hombre? Y si á sí propios no se podian defender del fuego? á aquella ciudad, cuyo principio, esplendor y conservacion se creia, que amparaban, en que la pudieran ayudar contra las aguas y llamas, como en efecto la misma experiencia manifestó que nada pudieron? No les hicieramos estas objeciones,

si dixeran que aquellos Dioses los habían instituido, no para custodia de los bienes temporales, sino para significar los eternos: y así aunque sucediese perderse por ser cosas corporales y visibles, nada se perdía de aquellos objetos, en cuya significacion fuéron instituidos, y que se podían renovar, y reparar de nuevo para el mismo efecto; pero ello es cierto, que con extraña ceguedad creen que fué posible alcanzar con aquellos Dioses, que podían perecer, que no pudiese acabar la salud corporal, y la felicidad temporal de la ciudad: y así quando les manifestamos, que permaneciendo aun salvos sus Dioses, les sucedió ó el estrago en la salud ó la infelididad, aun tienen valor para no mudar, ó abandonar la opinion que no pueden defender.

CAPÍTULO XIX.

De los trabajos de la segunda guerra Púnica, en que se consumieron las fuerzas de una y otra parte.

Y descendiendo á la segunda guerra Púnica, sería largo de contar el estrago que estos dos pueblos se hicieron mutuamente con tantas guerras como en tantas partes entre sí sostuvieron; de modo que en sentir aun de los que tomaron de proposito á su cargo no tanto el referir las guerras Romanas como el elogiar al Imperio Romano, mas representacion tuvó de vencido el que venció; porque levantando Annibal formidables exércitos en España⁹, y pasando los Montes Pirineos, atravesando, y corriendo la Francia, rompiendo los Alpes, acrecentando sus fuerzas con tanto rodeo, talando, y sujetando quanto se le ponía delante, y dando consigo, como una impetuosa, é improvista avenida en el cen-

tro de Italia, ¿quán sangrienta se hizo la guerra, qué de reencuentros y choques que hubo, qué de veces fuéron vencidos los Romanos, qué de lugares se humilláron, y rindiéron al enemigo, cuántos de éstos fuéron entrados á fuerza de armas y saqueados, quán crueles y horribles batallas se diéron, y muchas veces con gloria de Annibal, y con ruina y desdoro de los Romanos? ¿Qué diré, pués, de aquella rota horrible y digna de admiracion padecida en Cannas ⁹³, donde Annibal, no obstante de ser cruel, con todo, saciado ya de la sangre de sus enemigos, dicen, mandó á sus soldados que los perdonasen las vidas ⁹⁴, enviando desde allí á Cartago tres celemines ⁹⁵ de anillos de oro, para dar á entender que en el combate habia muerto á tantos individuos de la nobleza Romana, que mas fácilmente se pudieron medir que contar; y asimismo para que se conjeturase el extrago del ejército que murió sin anillos, que sería sin duda tanto mas númeroso quanto mas débil. Finalmente,

despues de esta batalla sobrevino una tan notable falta de gente para la guerra, que los Romanos se reemplazaban, y echaban mano de hombres facinerosos ⁹⁶, ofreciéndoles el perdon de sus crímenes, dando tambien en libertad á los esclavos ⁹⁷, y con todos, no tanto supliéron, quanto formáron un vergonzoso ejército. ⁹⁸ Estos esclavos (pero no agraviemos á los ya libertados) ⁹⁹ que habian de pelear por la República faltándoles las armas ofensivas y defensivas, se viéron precisados á tomar las de los templos, como si dixeran los Romanos á sus Dioses: "Dexad
 „lo que tanto tiempo habeis tenido en vano,
 „por si acaso nuestros esclavos pueden ha-
 „cer algo de provecho, con lo que voso-
 „tros, siendo nuestros Dioses, no habeis
 „podido emprender accion alguna heroi-
 „ca." Entónces, estando exhausto igualmente el erario público para pagar el sueldo del ejército, viniéron las haciendas de los particulares á servir en beneficio comun, en tanto grado, que dando todos los ciudada-